

STEFAN ZWEIG

# CLARISSA

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN  
DE MARINA BORNAS MONTAÑA

BARCELONA 2017



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Clarissa*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 1976 by Atrium Press Limited  
© de la traducción, 2012, 2017 by Marina Bornas Montaña  
© de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, retrato de Evelyn Nesbit (1903), de Gertrude Käsebier

ISBN: 978-84-16748-29-7  
DEPÓSITO LEGAL: B. 541-2017

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2017*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

1902-1912

Años más tarde, cuando Clarissa se esforzaba en recordar toda su vida, le resultaba difícil encontrar un hilo conductor. Había vastas superficies de formas imprecisas que parecían cubiertas por la arena; el propio tiempo planeaba sobre ellas, indefinido como las nubes y carente de cualquier dimensión. Mientras que apenas podía rendir cuenta de años enteros, algunas semanas, incluso días y horas, aún le colmaban el alma y la memoria como si hubieran transcurrido el día anterior. A veces, al evocar su vida, se sentía como si sólo hubiera participado activamente en una pequeña parte de ella, y hubiera vivido el resto sumida en el cansancio o empujada por el vacío sentido del deber.

Al contrario que la mayoría de la gente, apenas recordaba su infancia. Debido a circunstancias particulares, nunca había tenido un verdadero hogar ni había conocido un entorno familiar. Su nacimiento en el pequeño emplazamiento militar de Galitzia, donde su padre—que entonces sólo era capitán del Estado Mayor—estaba destinado, le costó la vida a su madre, por culpa de una serie de desafortunadas casualidades: el médico del regimiento había contraído la gripe y estaba postrado en la cama, y el médico de la ciudad vecina, al que avisaron por telegrama, se retrasó por culpa de la nieve acumulada y no llegó a tiempo para combatir con éxito la avanzada pulmonía que la madre había contraído entretanto. Justo después de su bautizo en la guarnición, Clarissa fue encomendada—junto con su hermano dos años mayor que ella—a su abuela, una mujer débil que requería más cuidados de los que podía dar. Tras la

muerte de la anciana, llevaron a Clarissa con la hermanastra mayor de su padre, mientras que la menor se hizo cargo de su hermano. En cada nueva casa cambiaban las caras, el aspecto de los criados alemanes, bohemios y polacos; nunca había tiempo para acostumbrarse, adaptarse, acomodarse, calentarse. En 1902, cuando tenía ocho años, apenas superada la timidez inicial, su padre fue destinado a San Petersburgo como agregado militar; entonces fue cuando el consejo de familia, con el afán de proporcionarles más estabilidad a los dos niños, decidió mandar al hijo a la academia militar e internar a Clarissa en el colegio de un convento situado cerca de Viena. De su padre, al que sólo veía muy de vez en cuando, apenas conservaba algún recuerdo; en realidad, más que su cara o su voz, recordaba su reluciente uniforme azul lleno de redondas condecoraciones tintineantes, con las que ella habría disfrutado jugando si él no hubiera apartado con severidad su manita infantil de aquellos símbolos de dignidad, para educarla igual que a su hermano, del que recordaba el traje de marinero y el largo pelo rubio y lacio que siempre le había envidiado.

Clarissa pasó en el internado del convento los diez años siguientes, la década comprendida entre su octavo y su decimoctavo cumpleaños. Hasta cierto punto, el hecho de que conservara tan pocos recuerdos de un período tan amplio se podría atribuir al carácter de su padre. Leopold Franz Xaver Schuhmeister, que entretanto había ascendido a teniente coronel, el rango superior del Estado Mayor, era considerado en las altas esferas militares uno de los tácticos y teóricos más competentes y eruditos. Aunque su empeño, su fiabilidad y su amplia visión general le merecían el respeto de sus compañeros, también suscitaban cierta ironía: en sus conversaciones privadas, el comandante supremo lo llamaba, siempre con una pequeña sonrisa, «nuestro

maestro estadista». El caso es que Schuhmeister, un trabajador persistente y obstinado, bastante reservado y algo torpe bajo su apariencia de extrema severidad, consideraba que el éxito de la guerra dependía de la aplicación sistemática de un servicio de información previamente elaborado. Había llegado a esa conclusión poco a poco, puesto que desconfiaba de la inspiración e improvisación en asuntos bélicos. Con un empeño que le merecía la sincera admiración del Estado Mayor del país vecino, Alemania, reunía todos los datos imaginables que se publicaban oficialmente acerca de los ejércitos extranjeros—como recortes de periódicos—, los complementaba incesantemente y los ordenaba en minuciosos fascículos, archivos secretos que no permitía que viera nadie. Todo esto hizo que se convirtiera en una autoridad respetada—como siempre ocurre—en el extranjero, e incluso temida. Tres o cuatro habitaciones formaban su laboratorio, donde guardaba extractos de los ejércitos, tanto de carne y hueso como de papel; los agregados militares austríacos de las distintas legaciones maldecían los cuestionarios que enviaba sin cesar solicitando información acerca de los detalles más nimios, con el fin de añadirlos a su herbario militar. Nacida del sentido del deber y de su propia convicción, esa colección de detalles cada vez más numerosos y su clasificación en tablas estadísticas y en resúmenes se convirtió para él, debido a su afán de sistematización, en una pasión y casi en una manía que llenaba hasta el borde su vida, vacía y vana desde que había perdido a su esposa, y le proporcionaba un nuevo contenido. Eran las pequeñas alegrías de la limpieza y la simetría que experimentan los artistas, con los que compartía el instinto lúdico. Le gustaba la tinta roja y verde, los lápices bien afilados. Su laboratorio tenía el encanto de una galería de curiosidades. Su hijo no lo había visto nunca, era el tor-

mento secreto del padre. Sólo él conocía el placer técnico de rellenar y comparar fichas. Antes, cuando llegaba a casa después de su turno, se ponía el batín, se quitaba el rígido cuello del uniforme y, suavizando sus ademanes, escuchaba agradecido mientras su esposa tocaba el piano para él, y su alma endurecida se reblandecía un poco con la música; iban al teatro o se reunían con amigos, y eso le proporcionaba distracción y relajación. Tras la muerte de su mujer, como se sentía incómodo en los círculos sociales, sus tardes se vaciaron por completo, y las llenaba destilando y elaborando un fichero tras otro, en el trabajo y en su casa, con la pluma, las tijeras y la regla; ficheros que luego servirían para publicar sus *Tablas estadísticas militares*, en las que, naturalmente, omitía el material más secreto concerniente a la patria. Así fue como sus compañeros adquirieron el hábito de acudir a él en busca de información cuando estaba de servicio, en vez de pedirla en la oficina contigua. Todo lo que para los demás sólo eran áridas cifras y números, cantidades y diferencias, él lo desmenuzaba en su pequeña habitación, más como matemático que como soldado, con un secreto afán de conocimiento inconcebible para el resto; con creciente orgullo se daba cuenta de que, con sus decenas de miles de observaciones detalladas, había proporcionado al ejército y a la monarquía una auténtica armería, una cámara del tesoro de Austria. En efecto, en el año 1914 sus cálculos previos sobre las divisiones a movilizar resultaron más correctos que las optimistas estimaciones de Conrad von Hötzendorf. Con frecuencia sustituía la palabra escrita por la palabra hablada y el material clasificado por el mundo exterior, y a los demás les parecía cada vez más huraño y reservado, aunque, en el fondo, se sentía solo. Cuanto más solitaria era su vida, más se acostumbraba a reemplazar las conversaciones por anotaciones. Cual-

quier práctica que se repita incesantemente se convierte en costumbre, se petrifica súbitamente en rutina, y la rutina, a su vez, se solidifica y se transforma en una obligación y en una atadura: al final, se sentía incapaz de emprender cualquier tarea que no fuera sistemática.

De ese modo, aquel singular soldado sólo conocía un método para clasificar cualquier cosa o acontecimiento: las tablas estadísticas. Tímido en la ternura y torpe en las palabras, intentaba inculcar su amor paternal en el corazón de sus hijos imponiéndoles como deber ineludible que le enviaran por correo constantes informes escritos sobre sus vidas y sus estudios. En su primera visita tras su regreso de San Petersburgo y su reincorporación al Ministerio de la Guerra, le llevó a su hija de once años un fajo de hojas de papel, en la primera de las cuales había trazado un interlineado como pauta. A partir de entonces, Clarissa debía rellenar una hoja todos los días anotando lo que había aprendido en cada clase, los libros que había leído y las piezas que había ensayado al piano; y los domingos debía enviarle las siete hojas junto con una carta a su padre, que creía fomentar así la madurez de su hija de un modo provechoso y honrado, puesto que la obligaba desde la más tierna infancia a adquirir el sentido del deber y de la perseverancia. En realidad, la naturaleza rutinaria de aquellos informes hizo que Clarissa, con sus anotaciones diarias, perdiera la visión de conjunto sobre aquellos años, puesto que todas sus vivencias, en vez de acumularse y adoptar una forma concreta, se pulverizaron y desmoronaron a través de aquellos informes prematuros, y cuando hubo alcanzado la edad adulta prolongó aquella tarea por voluntad propia a pesar de que intuía que no era lo más conveniente desde un punto de vista espacial, porque rendir cuentas sin cesar le impedía disfrutar de muchas cosas, y se marchitó prema-

turamente. En reflexiones posteriores, no logró reprimir la sensación de que su padre la había privado del placer que habrían podido procurarle los libros y los dibujos en la época escolar, asignándole día tras día dosis regulares en cantidades iguales, aunque ella se daría cuenta, más adelante, de que una sola hora podía aportarle más felicidad que un mes o un año entero. Él hizo que el colegio le pareciera aún más metódico y monótono de lo que ya era. Pero tampoco pudo evitar sentirse conmovida cuando, tras la muerte de su padre, encontró las hojas, los días de su vida, ordenados en su escritorio. Él los había ido amontonando tal y como ella se los había enviado. Con una metodología ejemplar, como no cabía de otra forma. Le había procurado muchas alegrías sin saberlo. Algunas frases estaban subrayadas en rojo. Una vez, cuando ella no fue capaz de recitar un viejo poema, él estuvo a punto de morir de vergüenza y de deshonor, porque era un hombre orgulloso, de modo que cogió la regla y tachó a una persona muerta con una alegría muerta. Cada mes estaba atado con una pequeña cinta y cada semestre guardado en una caja diferente en la que también se encontraban sus notas y el informe de la madre superiora sobre sus progresos y su comportamiento; el hombre solitario había intentado compartir las tardes con ella a su manera, y a partir de las respuestas que le escribía a la madre superiora, ella pudo deducir con qué alegría—que él nunca se atrevía a revelar—intentaba seguir su desarrollo con su torpeza habitual, puesto que no conocía otra forma de hacerlo. Para demostrarlo, Clarissa hojeó algunas de las hojas. No le decían nada. Lo que una vez había sido su vida, ahora transcurría ante sus ojos con un seco crujido. Lecciones sobre cosas que ya llevaban tiempo olvidadas. Intentó recordar cómo había sido en realidad, y recuperó un puñado de recuerdos de aquellos días desaparecidos.